

así, cerremos los ojos en cuanto á la parienta y no hablemos más.

— Y hará bien V. A., añadió Aurilly, porque el negocio es sumamente misterioso.

— ¿Cómo?

— La dama, á la manera que la célebre Bradamante, cuya historia he referido á vuestra alteza muchas veces, anda disfrazada de hombre.

— ¡Oh! por piedad, monseñor: el conde la respeta en alto grado, y tal vez no me perdonará el haber sido indiscreto.

— Bien, bien, caballero, tranquilizaos; seremos mudos como un sepulcro ó como el pobre Saint-Aignan, aunque si llegamos á ver esa dama procuraremos no hacerle muecas. ¡Hola! ¿Conque Enrique trae una parienta con una escolta de gendarmes? ¿En dónde está, Aurilly?

— Arriba.

— ¡Cómo! ¿En esta misma casa?

— Sí, monseñor, pero... silencio, que llega el conde.

— ¡Silencio! repitió el príncipe riéndose á carcajadas.

## CAPÍTULO XVI

### Un recuerdo del duque de Anjou.

Al volver el joven oyó la funesta carcajada del príncipe, mas no le dió importancia alguna, porque no había vivido en compañía de S. A. el tiempo suficiente para conocer todas las amenazas que encerraba una manifestación alegre del duque de Anjou.

También hubiera podido observar por la turbación de algunas fisonomías, que durante su ausencia el duque había hablado en términos hostiles, y que sólo su regreso había interrumpido la conversación; pero como Enrique no era muy desconfiado, no pudo adivinar de qué se trataba, y por otra parte, nadie era tan amigo suyo que pudiera decírselo en presencia del duque.

Además, Aurilly cumplía demasiado bien con su obligación, y era difícil burlar su vigilancia, y el duque, que sin duda alguna tenía ya casi arreglado su plan, retuvo á Enrique á su lado hasta que se marcharon todos los oficiales que habían presenciado la conversación.

Debemos añadir que el duque había hecho algunas variaciones en la distribución de los puestos. Cuando Enrique mandaba el destacamento juzgó conveniente, en calidad de jefe superior, establecer su cuartel general en la casa de Diana, enviando al oficial al puesto más importante después de aquel, es decir, del río; pero el duque, al relevar á Enrique en el mando, se quedó en la casa en lugar de éste, y le envió á encargarse del puesto que debía ocupar el oficial.

Enrique no se admiró de esta determinación, pues nada más natural que el príncipe le confiara aquel puesto luego que se apercibió de que era el más importante.

Juzgando conveniente hacer un cargo al oficial de gendarmes, se aproximó á él, puesto que era también muy natural que pusiera bajo su protección á las dos personas sobre cuya seguridad velaba, y á las cuales tenía que abandonar, á lo menos momentáneamente: pero á las primeras palabras que dirigió Enrique al oficial, intervino el duque, y dijo con su habitual sonrisa:

— ¡Hola, hay secretos!

El oficial conoció, aunque demasiado tarde, la indiscreción que había cometido; por lo que arrepentido, y queriendo sacar al conde de su apurado trance, respondió:

— No, monseñor, no es ningún secreto; pregúntame solamente el señor conde cuántas libras de pólvora seca me quedan en estado de servir.

Esta respuesta tenía dos objetos, ya que no dos resultados; el primero desvanecer las sospechas del duque, si es que las tenía, y el segundo indicar al conde que tenía un auxiliar de quien podía disponer.

— ¡Ah! eso es diferente, respondió el duque, obligado á dar crédito á estas palabras, so pena de comprometer con el papel de espía su dignidad de príncipe.

Y en tanto que se dirigía hacia la puerta, dijo el oficial á Enrique en voz baja:

— S. A. sabe que acompañáis á algunas personas.

Du Bouchage tembló; pero era demasiado tarde, y aun este mismo temblor no pasó desapercibido para el duque, el cual, como queriendo asegurarse por sí mismo de que habían sido ejecutadas sus órdenes en todos los puntos, propuso al conde que le acompañara hasta su puesto, proposición que el conde se vió obligado á aceptar. Enrique hubiera querido avisar á Remigio para que estuviese en guardia y preparase de antemano alguna respuesta; pero ya no había medio, y lo único que pudo hacer fué despedir al oficial con estas palabras:

— Tened mucho cuidado con la pólvora. ¿No es cierto que cuidaréis de ella como yo mismo?

— Está bien, señor conde, contestó el joven.

En el camino preguntó el duque á Du Bouchage.

— ¿Dónde está esa pólvora que recomendáis tanto á nuestro joven oficial?

— En la casa donde había colocado el cuartel general.

— Pues estad tranquilo, Du Bouchage, respondió el duque: conozco demasiado bien la importancia de semejante depósito en la situación en que nos hallamos, para no emplear en él toda mi atención. Así pues, no será nuestro joven oficial quien lo vigilará, sino yo mismo.

En este punto se hallaba su conversación cuando llegaron á la confluencia de los dos ríos, y allí el duque encargó mucho á Du Bouchage que no abandonase su puesto, y al retirarse en seguida encontró á Aurilly en la sala donde había cenado, tendido sobre un banco, que dormía envuelto en la capa de un oficial.

El duque le dió una palmada en el hombro y le despertó.

Frotándose Aurilly los ojos, se puso á mirar al príncipe.

— ¿Has oído? le preguntó éste.

— Sí, monseñor, respondió Aurilly.

— ¿Sabes de quién quiero hablar?

— ¡Pardiez! De la dama desconocida, de la parienta del señor conde Du Bouchage.

— Bien: veo que el vino de Bruselas y la cerveza de Lovaina no te han entorpecido demasiado los sentidos.

— Hablad, monseñor, ó haced cualquiera seña, y verá V. A. que tengo más ingenio que nunca.

— Pues bien, llama en tu auxilio á toda tu imaginación, y adivina.

— Adivino, monseñor, que V. A. es curioso.

— ¡Bah! eso consiste en mi temperamento, y aquí solamente se trata de que me digas qué es lo que excita mi curiosidad en estos momentos.

— Deseáis saber qué criatura es esa que sigue á los dos hermanos Joyeuse por entre el fuego y el agua.

— *Per mille pericula Martis*, como diría mi hermana Margot, si estuviese aquí: has acertado de medio á medio, Aurilly. Á propósito, ¿le has escrito?

— Á quién, monseñor?

— Á mi hermana Margot.

— ¿Tenía que escribir yo á S. M.?

— Sin duda.

— ¿Y qué había de decirle?

— Que nos hemos batido, que nos hallamos arruinados, y que debe estar prevenida.

— ¿Para qué ocasión, monseñor?

— Para cuando la España, que ya se ha desembarazado de mí en el Norte, caiga sobre su espalda por el Mediodía.

— ¡Ah! es verdad.

— ¿No has escrito?

— No, monseñor.

— ¿Cómo habías de escribir si estabas dormido!

— Sí, lo confieso, pero aun cuando me hubiera ocurrido la idea de escribir, ¿con qué lo hubiera hecho, monseñor, no teniendo aquí tinta, papel ni pluma?

— Pues busca. *Quære et invenies*, dice el Evangelio.

— ¿Cómo diablo quiere V. A. que encuentre todo eso en la cabaña de un campesino que estoy seguro no sabe escribir?

— Pues busca, sin embargo, imbécil, y si no encuentras eso...

— ¿Qué?

— Encontrarás otra cosa.

— ¡Qué torpe soy! exclamó Aurilly golpeándose la frente, es verdad: V. A. tiene razón, mi cabeza está perdida, lo cual consiste en que tengo muchas ganas de dormir.

— Bien, bien, quiero creerte; procura despabilarte por un instante, y puesto que no has escrito, yo escribiré, búscame solamente todo lo necesario para hacerlo; busca, Aurilly, busca, y no vuelvas hasta que no hayas encontrado, aquí te espero.

— Voy al punto, monseñor.

— Y si mientras buscas, oye bien lo que voy a decirte, y si mientras buscas observas que la casa es de género pintoresco... Ya sabes cuánto me gustan los interiores flamencos, Aurilly.

— Sí, monseñor.

— En ese caso, me llamarás.

— Al instante, monseñor, os lo prometo.

Aurilly se levantó, y ligero como un pájaro, se dirigió hacia la pieza contigua que daba paso á la escalera; sus pisadas resonaron apenas, y nadie pudo sospechar su intención.

Al cabo de cinco minutos volvió al lado del príncipe, que se había instalado, según había dicho, en la sala principal.

— ¿Qué hay? preguntó éste.

— Si he de atenerme á las apariencias, la casa debe ser endemoniadamente pintoresca.

— ¿Por qué?

— Porque no entra uno en ella como quisiera.

— ¿Qué dices?

— Digo que la guarda un dragón.

— ¡Qué chanza tan necia, Aurilly!

— ¡Oh! monseñor, desgraciadamente no es una chanza, sino una triste verdad. El tesoro se halla en el piso principal, en una habitación detrás de la puerta, por debajo de la cual se vé brillar una luz.

— ¿Y qué más?

— Delante de esa puerta, monseñor, hay un hombre tendido en el mismo umbral, envuelto en una capa gris.

— ¡Oh! ¡oh! ¿Se habrá permitido Du Bouchage poner un gendarme á la puerta del cuarto de su querida?

— No es un gendarme, monseñor, sino algún criado de la dama ó del conde.

— ¿Pero qué clase de criado?

— Monseñor, es imposible ver su figura, pero lo que se vé perfectamente es un ancho cuchillo flamenco sujeto á su cinturón, y sobre el cual apoya una mano vigorosa.

— Es curioso lo que me cuentas, dijo el duque; despierta á ese matón, Aurilly.

— ¡Oh! no por cierto, monseñor.

— ¿Por qué?

— Porque prescindiendo de lo que pudiera acontecerme por parte del cuchillo flamenco, no me parece conveniente hacerme enemigo mortal de los señores

de Joyeuse, que están muy bien en la corte. Si hubiésemos sido reyes de los Países Bajos, era disculpable, pero convenid en que no podemos hacernos los graciosos, especialmente con los que nos han salvado, porque bien sabéis, monseñor, que los Joyeuse nos han salvado, y si vos no lo decís, ellos lo dirán.

— Tienes razón, Aurilly, dijo el duque golpeando fuertemente el suelo con el pie, tienes razón, y sin embargo...

— Sí, comprendo; y sin embargo, V. A. no ha visto la cara de una sola mujer hace quince días mortales. No hablo de esa especie de animales que pueblan los buques, que no merecen siquiera el nombre de hombres y mujeres, sino solamente el de machos y hembras.

— Quiero ver á la querida de Du Bouchage, Aurilly, quiero verla, ¿lo entiendes?

— Entiendo, monseñor.

— En ese caso, respóndeme.

— Respondo, monseñor, que tal vez la veréis, pero no por la puerta.

— Sea, dijo el príncipe, pero si no puedo verla por la puerta, la veré á lo menos por la ventana.

— Me parece muy buena idea, monseñor, y en prueba de que la considero excelente, voy á buscaros una escala.

Aurilly salió al patio de la casa y tropezó con el poste de un cobertizo, debajo del cual habían puesto los gendarmes sus caballos para resguardarlos de la intemperie.

Después de algunos momentos de investigación,

halló Aurilly lo que casi siempre se encuentra debajo de un cobertizo, es decir, una escalera, y cargado con ella tuvo la suficiente destreza para deslizarse por entre los hombres y las bestias, sin despertar á aquéllos ni recibir las coces de éstos, y saliendo á la calle, la arrimó á la pared de la casa.

Preciso era ser príncipe y despreciar altamente los escrúpulos vulgares, como acontece en general á los déspotas de derecho divino, para atreverse en presencia de un centinela que se pasea por delante de la puerta donde estaban encerrados los prisioneros, á cometer una acción tan insultante contra Du Bouchage, como la que el príncipe iba á cometer.

Aurilly comprendió esta dificultad, y llamó la atención del príncipe sobre el centinela, que no sabiendo quiénes eran aquellos dos hombres, se disponía á gritarles: ¡Quién vive!

Francisco se encogió de hombros, y marchó en derechura al soldado, siguiéndole Aurilly.

— Amigo mío, dijo el príncipe, ¿no es este el punto más elevado del pueblo?

— Sí, monseñor, contestó el centinela, que reconociendo á Francisco, le hizo el saludo de honor, y sino fuera por esos tilos que interceptan la vista, se descubriría á la luz de la luna parte del campo.

— Ya me lo presumía, dijo el príncipe, así es que he hecho traer á prevención esta escalera para mirar desde arriba. Sube, pues, Aurilly, ó sino, déjalo, yo subiré; un príncipe debe verlo todo por sí mismo.

— ¿Adónde debo arrimar la escalera, monseñor? preguntó hipócritamente el criado.

— En cualquiera parte; aquí contra esta tapia.

Apenas soltó el criado la escalera subió el duque. Sea que el centinela sospechara el proyecto del príncipe, sea por discreción natural, volvió la cabeza hacia al lado opuesto al príncipe.

El príncipe llegó á lo alto de la escalera, mientras Aurilly quedaba al pie de ella.

La habitación en que Enrique había encerrado á Diana estaba esterada y amueblada, con una gran cama de nogal, cortinas de sarga, una mesa y algunas sillas.

La joven, cuyo corazón parecía aliviado de un peso enorme desde que supo en el campamento de los gendarmes de Aunis la falsa noticia de la muerte del príncipe, había pedido á Remigio un poco de alimento, que éste le había subido al punto con una alegría indecible.

Aquella fué la primera vez que Diana, desde que supo la muerte de su padre, había probado un manjar más sustancioso que el pan; aquella era también la vez primera que bebía algunas gotas de vino del Rhin, que los gendarmes habían encontrado en la bodega y puesto á disposición de Du Bouchage.

Concluida aquella cena frugal, la sangre de Diana, agitada por tantas emociones violentas y fatigas inauditas, afluyó más impetuosa á su corazón, cuyo camino parecía haber olvidado; Remigio vió que sus ojos se cerraban y que su cabeza se inclinaba sobre su hombro. Retiróse, pues, discretamente, y como ya hemos visto, se acostó sobre el umbral de la puerta, no porque abrigase la menor desconfianza, sino porque tal era su costumbre desde que salió de París.

Después de tomadas estas disposiciones, que aseguraban la tranquilidad de la noche, fué cuando subió Aurilly y halló á Remigio acostado en el corredor.

Diana, por su parte, dormía con el codo puesto sobre la mesa y la cabeza apoyada sobre la mano.

Su cuerpo, esbelto y delicado, estaba graciosamente inclinado hacia un lado, sobre su silla de alto respaldo; la lámpara de hierro colocada sobre la mesa, cerca del plato, medio cubierto todavía, alumbraba el interior de aquel aposento, que á primera vista parecía tan tranquilo, y en el cual, sin embargo, acababa de calmarse una tempestad que pronto iba á empezar de nuevo.

En el cristal reflejaba, puro como el diamante en fusión, el vino del Rhin, apenas tocado por los labios de Diana: aquella gran copa que tenía la forma de un cáliz, colocada entre la lámpara y Diana, amortiguaba mucho más la luz, y atenuaba las tintas del rostro de la dama dormida. Cerrados los ojos, la boca suavemente entreabierta y los cabellos sueltos y echados hacia atrás por encima del capuchón del toseco vestido de hombre que llevaba, debía aparecer Diana como una visión sublime á las miradas que se disponían á violar el secreto de su retiro.

Al verla el duque no pudo contener un movimiento de admiración, se apoyó en el antepecho de la ventana, y devoró con la vista hasta los más insignificantes pormenores de aquella ideal hermosura; pero de improviso, en medio de su contemplación, se fruncieron sus cejas, y bajó dos escalones con una especie de precipitación nerviosa.

En esta situación no se veía ya expuesto á los luminosos reflejos de la ventana, de los cuales parecía huir; recostóse, pues, contra la pared, se cruzó de brazos y empezó á meditar.

Aurilly, que no le perdía de vista, pudo contemplarle sumergido en vagos presentimientos, como todo el que llama en su ayuda sus recuerdos más antiguos y fugaces.

Después de diez minutos de meditación é inmovilidad, volvió á subir el duque hasta la ventana, dirigió de nuevo sus miradas al través de los vidrios, pero no llegó sin duda á obtener el descubrimiento que deseaba, porque la misma nube sombría cubrió su rostro y la misma incertidumbre su mirada.

Aquí llegaba en sus investigaciones, cuando Aurilly se acercó con viveza al pie de la escalera.

— Pronto, pronto, monseñor, le dijo; bajad, pues oigo ruido de pasos en la calle inmediata.

El duque, como si nada hubiera oído, bajó lentamente, sin dejar de inquirir sus recuerdos en la profundidad de su alma.

— Ya era tiempo, dijo Aurilly.

— ¿Hacia qué lado se oyen las pisadas? le preguntó el duque.

— Hacia ese, respondió Aurilly extendiendo el brazo y señalando la entrada de una callejuela oscura.

El príncipe se puso á escuchar y dijo :

— Nada oigo.

— Se habrán detenido : tal vez será algún espía.

— Bien, llévate la escala.

Obedeció Aurilly, y el príncipe entretanto se sentó

en el banco de piedra que había junto á la puerta de la casa.

No volvió á repetirse ningún ruido, nadie aparecía al extremo de la calle, y únicamente se presentó de nuevo el criado.

— ¿Qué tal os ha parecido, monseñor? preguntó al príncipe. ¿Es bella?

— Bellísima, respondió aquél con voz sombría.

— ¿Pues entonces, por qué estáis triste? ¿Os ha visto?

— No, está dormida.

— Entonces, ¿en qué pensáis?

El duque no contestó.

— ¿Es morena... rubia?... preguntó Aurilly.

— Lo singular, lo raro, Aurilly, es que yo he visto á esa mujer en otra parte.

— Es decir, que la habéis reconocido.

— No, porque me es imposible en este momento saber quién es, aunque su vista ha conmovido profundamente mi corazón.

Aurilly contempló admirado al príncipe, y dijo sonriéndose irónicamente :

— ¡Qué casualidad!

— No os riáis, caballero, cuando veis que padezco, murmuró Francisco con sequedad.

— ¿Será cierto, monseñor? exclamó Aurilly.

— Sí, no dudes de lo que te estoy diciendo : ignoro lo que es; no sé lo que siento interiormente, pero se me figura que he hecho mal en dirigir mis miradas en ese aposento.

— Pues bien, atendiendo á ese mismo efecto que

la dama ha producido en vos, debemos hacer lo posible para saber quién es.

— Sí, sí, ya veo que es preciso.

— Recordad bien, monseñor. ¿La habréis visto por ventura en la corte?

— No; paréceme que no.

— ¿En Francia tal vez? ¿En Navarra? ¿En Flandes?

— No.

— ¿Será española?

— No lo creo.

— ¿Inglesa? ¿Alguna dama de la reina Isabel?

— No, no, debe adherirse á mi vida de una manera más íntima. Creo que se me ha aparecido en alguna circunstancia terrible.

— En ese caso la reconoceréis fácilmente, porque, á Dios gracias, monseñor, pocas circunstancias de esas habéis experimentado en vuestra vida.

— ¿Lo crees así? replicó Francisco con fatídica sonrisa.

Aurilly le saludó con respeto.

— Ahora, prosiguió el duque, soy bastante dueño de mí mismo para poder analizar mis sensaciones: esa mujer es hermosa, pero hermosa como una muerta, hermosa como una sombra, hermosa como esas imágenes que se nos representan en sueños. Por eso se me figura que la he visto en sueño, y por cierto que he tenido en mi vida dos ó tres sueños terribles, que han dejado helado mi corazón. Sí, sí, estoy seguro de haber visto en uno de esos sueños á la dama que duerme allá arriba.

— ¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó Aurilly: V. A. me permitirá decirle que rara vez le he oído

explicarse en tono tan triste respecto á los sueños; vuestro corazón está templado á prueba del más duro acero, y creo que tanto pueden contra él las sombras como los vivos. Os digo, monseñor, que si no fuera porque recelo que algún indiscreto nos está observando desde esa callejuela, subiría á la ventana, y me la pagarían á un tiempo vuestro sueño, vuestra sombra y vuestros temores.

— Á fé mía, Aurilly, que tienes razón; vuelve á traer la escala y sube. ¿Qué importa que te acechen? ¿No estás conmigo? Vamos, vamos, haz lo que te digo.

Aurilly había dado ya algunos pasos para obedecer á su amo, cuando resonaron en la plaza precipitados pasos, y Enrique se presentó delante del duque gritando:

— ¡Á las armas, monseñor! ¡Á las armas!

Aurilly se puso al lado del príncipe:

— ¡Vos aquí, conde! dijo éste. ¿Por qué motivo habéis abandonado vuestro puesto?

— Monseñor, contestó Enrique con entereza, si creéis que debo ser castigado, castigadme como os plazca; por lo demás, mi deber me manda venir, y este es mi puesto ahora.

El duque miró á la ventana haciendo un gesto significativo y diciendo:

— ¡Vuestro deber, conde! Explicadme eso.

— Monseñor, se ha presentado caballería por la parte del Escalda, é ignoro si son amigos ó enemigos.

— ¿Son muchos? preguntó el duque con inquietud.

— Muchos, monseñor.

— Pues bien, conde, no nos hagamos los valientes sin necesidad; apruebo el que hayáis venido á avi-



sarme, y ahora despertad á vuestros gendarmes. Costearemos el río, porque ese es el camino más corto, y nos retiraremos, pues me parece el partido más prudente.

— Sin duda, monseñor, sin duda, pero creo que urge prevenir á mi hermano.

— Para eso bastan dos hombres.

— Si bastan dos hombres, monseñor, dijo Enrique, iré con un gendarme.

— Nada de eso, dijo vivamente Francisco, vos me acompañaréis, porque en estas circunstancias no me conviene separarme de un defensor como vos.

— ¿V. A. piensa llevar toda la fuerza?

— Toda.

— Muy bien, monseñor, replicó Enrique saludándole. ¿Cuándo quiere partir V. A.?

— Ahora mismo.

Enrique dió una voz, y al punto salió el oficial de la callejuela, como si sólo hubiese estado esperando la orden de su jefe para presentarse.

Enrique le dió sus órdenes, y poco después aparecieron los gendarmes replegándose hacia la plaza, abandonando los puntos que ocupaban, y disponiéndose para la marcha.

El duque estaba ya en medio de ellos conversando con los oficiales.

— Señores, les decía, parece que el príncipe de Orange me persigue, pero no conviene que un francés sea hecho prisionero sin que se dé una batalla como la de Poitiers ó Pavía. Cedamos al número retirándonos sobre Bruselas, pues me contemplo seguro mientras me halle entre vosotros.

Volviéndose después hacia Aurilly, le dijo :

— Tú te quedarás aquí, porque esa mujer no puede seguirnos, y por otra parte, conozco bastante á los Joyeuse para saber que Enrique no se atreverá á presentarse delante de mi con su querida. Además, nosotros no vamos á un baile, y las marchas que hacemos fatigarán á la dama.

— ¿Adónde piensa ir monseñor?

— Á Francia, porque creo que nada ganan aquí mis asuntos.

— ¿Pero á qué parte de Francia? ¿Cree monseñor prudente volver á la corte?

— No por cierto, y por lo mismo es probable que me detenga en el camino en cualquiera de mis posesiones, por ejemplo, en el castillo de Thierry.

— ¿Es esa la resolución definitiva de V. A.?

— Sí, el castillo de Thierry me conviene bajo todos aspectos, porque está situado á una distancia conveniente de París, á veinticuatro leguas, desde cuyo punto puedo vigilar á los señores de Guisa, que pasan la mitad del año en Soissons. Así, pues, llevarás á la bella desconocida al castillo de Thierry.

— ¿Y si no se deja llevar?

— ¿Estás loco? Puesto que Du Bouchage me acompaña al castillo de Thierry, y ella sigue á Du Bouchage, las cosas marcharán por sí solas.

— ¿Y si quiere marcharse hacia otra parte? ¿Si conoce mi empeño de llevarla á vuestro lado?

— Te repito que no es á mi lado á donde vas á llevarla, sino al lado del conde. ¡Bah! cualquiera diría que es la primera vez que me ayudas en semejante empresa. ¿Tienes dinero?

— Tengo los dos cartuchos de oro que V. A. me dió al salir del campo de los *Polders*.

— Pues marcha adelante, y por todos los medios posibles, ¿lo entiendes? por todos los medios posibles lleva á mi bella desconocida al castillo de Thierry, acaso mirándola de cerca pueda reconocerla.

— ¿Y al criado también?

— Si no te estorba.

— ¿Y si me estorba?

— Haz con él lo que con una piedra que encuentras en un camino; arrójalo en un foso.

— Está bien, monseñor.

En tanto que los dos conspiradores arreglaban su plan en la oscuridad, subió Enrique al piso principal y despertó á Remigio.

Este, avisado de antemano, llamó á la puerta de cierta manera, y casi al mismo tiempo abrió la dama la puerta, viendo detrás de Remigio á Du Bouchage.

— Buenas noches, caballero, dijo con una sonrisa que hacía tiempo no animaba su rostro.

— ¡Oh! perdonadme, señora, se apresuró á decir el conde, no vengo á importaros, vengo sólo á despedirme de vos.

— ¡Á despediros! ¿Conque partís, señor conde?

— Para Francia, sí, señora.

— ¿Y nos dejáis?

— Bien á pesar mío, mi primer deber es obedecer al príncipe.

— ¿Al príncipe? ¿hay aquí algún príncipe? dijo Remigio.

— ¿Qué príncipe? preguntó Diana poniéndose pálida.

— El duque de Anjou, que todos creían muerto, y que milagrosamente se ha salvado, está con nosotros.

Diana lanzó un grito terrible, y Remigio se quedó tan pálido que parecía acometido de una muerte repentina.

— Repetidme, dijo Diana con voz trémula, repetidme que el duque de Anjou está vivo, que el duque de Anjou se halla aquí.

— Si no estuviese aquí, señora, y no me mandara seguirle, os acompañaría hasta el convento, á donde, según me habéis dicho, pensáis retiraros.

— Sí, sí, dijo Remigio, el convento, señora, el convento.

Y apoyó un dedo sobre sus labios.

Un movimiento de cabeza de Diana le manifestó que había comprendido aquella señal.

— Os acompañaría con tanto más gusto, señora, continuó Enrique, cuanto que podíais ser molestada aquí por los criados del príncipe.

— ¿Qué decís?

— Sí, todo me hace creer que el príncipe sabe que una mujer habita en esta casa, y sin duda piensa que esa mujer es una amiga mía.

— ¿Y en qué fundáis esa creencia?

— Nuestro joven oficial le ha visto arrimar una escalera á la pared y mirar por esa ventana.

— ¡Oh! exclamó Diana. ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— Tranquilizaos, señora, pues le he oído decir á su compañero que no os conocía.

— No importa, no importa, dijo la joven mirando á Remigio.

— Todo lo que queráis, señora, todo, dijo Remigio arrojándose de una suprema resolución.

— No os alarméis, señora, dijo Enrique; el duque va á marchar ahora mismo; un cuarto de hora no más, y os veréis sola y libre. Permittedme, pues, que os salute respetuosamente y que os diga por última vez que hasta exhalar mi suspiro de muerte, latirá mi corazón para vos, y por vos. ¡Adiós, señora, adiós!

Diciendo así el conde, se inclinó tan religiosamente como hubiera hecho delante de una imagen, y dió dos pasos hacia atrás.

— No, no, exclamó Diana con el delirio de la fiebre. No, Dios no ha querido eso; no, Dios ha muerto á ese hombre: no puede haberle resucitado; no, no, señor, os engañáis; él ha muerto.

En aquel mismo momento, y como para responder á aquella dolorosa invocación á la misericordia celestial, resonó la voz del príncipe en la calle.

— Conde, decía, os aguardamos.

— Ya lo oís, señora, dijo Enrique. Por última vez adiós.

Y estrechando la mano de Remigio, se dirigió corriendo hacia la escalera.

Diana se aproximó á la ventana, trémula y convulsa como el pájaro fascinado por la serpiente de las Antillas, y vió al duque á caballo, enrojecido su rostro por la luz de las antorchas que llevaban dos gendarmes.

— ¡Oh! vive, vive el demonio, murmuró Diana al oído de Remigio con acento tan terrible, que el fiel criado no pudo menos de estremecerse, pero si él vive, nosotros también vivimos; marcha á Francia. Bien, Remigio, también nosotros iremos á Francia.

## CAPÍTULO XVII

### Sedución.

Los preparativos de marcha de los gendarmes habían puesto en movimiento á todo el pueblo, pero luego que marcharon sucedió el silencio más profundo al ruido de las armas y de las voces.

Remigio esperó á que se extinguiese este ruido poco á poco, y cuando creyó que la casa quedaba completamente desierta, bajó á la sala inferior á fin de preparar su marcha y la de Diana; pero al abrir la puerta quedó sorprendido al ver un hombre sentado al lado del fuego, vuelto de espaldas.

Evidentemente aquel hombre acechaba la salida de Remigio, no obstante el aire de indiferencia que tomó al divisarle.